

48
con las notas marginales, que hemos tenido cuidado de añadir.
Si hubiéramos querido insertar en esta obra las vidas enteras de los innumerables clarísimos varones, que con su santidad y letras han ilustrado la provincia, hubiera crecido mucho el cuerpo de esta obra, é interrumpídose á cada instante la série de los sucesos. Por eso, contentándonos con una leve memoria al tiempo en que acabaron su gloriosa carrera, ha parecido mejor dejar la prolija relacion de sus vidas para el fin de esta historia, si el Señor, á cuya honra y gloria se dirige nuestro pequeño trabajo, nos ayuda para tanto, y favorece el deseo que tenemos de cumplir lo que de parte de S. M. nos ha encargado la obediencia.

PROTESTA.

Obedeciendo á los decretos de nuestro Santísimo Padre Urbano VIII, y del santo tribunal de la fé, protestamos: que en la calificacion de los sugetos, virtudes y milagros, de que tratamos en esta historia, no pretendemos prevenir el juicio de la santa Romana Iglesia, ni conciliarles mas autoridad que la que por si merecen los hechos mismos en la prudencia humana.

EL EDITOR.

Las personas que dudaren de la autenticidad de estos manuscritos, y de la de otros escritores, cuyas obras ha publicado, podrán ocurrir á verlos á la calle de Sto. Domingo núm. 13, donde se le mostrarán y cotejarán con el texto, si á tal punto se lleva la desconfianza de su fidelidad y honor, como ya se ha indicado en un *Cardillo* indecente que entrega á su autor en los brazos de la ignominia.

HISTORIA

DE LA PROVINCIA

DE LA COMPANIA DE JESUS

NUEVA ESPAÑA.

LIBRO I.

SUMARIO.

Breve noticia del descubrimiento y conquista de la Florida. Pide el rey católico misioneros de la Compañía. Señálase, é impídese el viage. Embárcanse en 1566, y arriban á una costa incógnita. Muere el padre Pedro Martinez á manos de los bárbaros. Su elogio. Vuelven los demás á la Habana. Breve descripcion de este puerto. Enferman, y detemianan volver á la Florida. Llegan en 1567. Descripcion del pais. Ejercicio de los misioneros. Nuevo socorro de padres. Llegan á la Florida en 1568. Parte el padre Segura con sus compañeros á la Habana. Sus ministerios en esta ciudad. Determina volver á la Florida. Vuelve en ocasion de una peste, y muere el hermano Domingo Agustín, año de 1569. Poco fruto de la mision, y arribo de nuestros compañeros. Historia del cacique D. Luis. Parte el padre vice-provincial para Ajacan con otros siete padres. Generosa accion de D. Luis. Su mudanza y obstinacion. Ocupacion de los misioneros, y razonamiento del padre Segura. Engaños de D. Luis, y muerte de los ocho misioneros. Elogio del padre Segura. Del padre Quiróz y los restantes. Dejan con vida al niño Alonso. Caso espantoso. Escursion á Cuba, y su motivo. Noticia y venganza de las muertes.

Exito de D. Luis. Descripcion de la Nueva-Espana, y particular de México. Breve relacion de la Colegiata de Guadalupe. Primeras noticias de la Compañia en la América. D. Vasco de Quiroga pretende traer á los jesuitas. Escribe la ciudad al rey, y este á S. Borja. Señálanse los primeros fundadores, y vela en su conservacion la Providencia. Consecuencias de la detencion en Sevilla. Embárcanse dia de S. Antonio en 1572. Arribo á Canarias y á Ocoa. Acojida que se les hizo en Veracruz la antigua. Su viaje á la Puebla. Pretende esta ciudad detenerlos y pasan á México al hospital. Triste situacion de la juventud mexicana. Preséntanse al virey. Resístense á salir del hospital, y enferman todos. Elogio del padre Bazan y sus honrosas exequias. Primeros ministerios en México, y donacion de un sitio. Sentimiento del virey y composicion de un pequeño pleito. Sobre Cannas. Religiosa caridad de los padres predicadores. Generosidad de los indios de Tacuba. Resolucion de desamparar la Habana. Representacion al rey. Limosnas y ocupaciones en México. Dedicacion del primer templo. Ofrece la ciudad mejor sitio. Carácter del Sr. Villaseca. Pretende entrar en la Compañia D. Francisco Rodriguez Santos, y ofrece caudal y sitio. Primeros novicios, y primeros fondos del colegio máximo. Fundacion del Seminario de S. Pedro y S. Pablo. Muerte de S. Francisco de Borja. Va á ordenarse á Pátzcuaro el hermano Juan Curiel. Su ejercicio en aquella ciudad. Orden del rey para que no salgan de la Habana los jesuitas. Pretende misioneros el Sr. obispo de Guadalajara. Sus ministerios. Pasan á Zacatecas que pretende colegio. Parte á Zacatecas el padre provincial, y vuelve á México. Nueva recluta de misioneros. Estudios menores, y fundacion de nuevo Seminario. Fundacion del colegio de Pátzcuaro. Descripcion de aquella provincia. Pretension de colegio en Oaxaca. Contradiccion y su feliz éxito. Breve noticia de la ciudad y el obispado. Historia de la Santa Cruz de Aguatulco. Fábrica del colegio máximo. Mision á Zacatecas. Peste en México. En Michoacán. Muerte del padre Juan Curiel. Muerte del padre Diego Lopez. Donacion del Sr. Villaseca, y principio de los estudios mayores.

Breve noticia del descubrimiento y conquista de la Florida.

POR los años de 1512, Juan Ponce de Leon, saliendo de S. German de Portorico, se dice haber sido el primero de los españoles que descubrió la península de la Florida. Dije de los españoles, porque ya ántes desde el año de 1496, reinando en Inglaterra Enrique VII se habia teni-

do alguna, aunque imperfecta, noticia de estos paises. Juan Ponce echó ancla en la bahía que hasta hoy conserva su nombre á 25 de abril, justamente uno de los dias de pascua de resurreccion, que llamamos vulgarmente pascua florida. O fuese atencion piadosa á la circunstancia de un dia tan grande, ó alusion á la estacion misma de la primavera, la porcion mas bella, y mas frondosa del año á la fertilidad de los campos, que nada debian á la industria de sus moradores, ó lo que parece mas natural al estado mismo de sus esperanzas, él le impuso el nombre de *Florida*. Esto tenemos por mas verosímil que la opinion de los que juzgan haberle sido este nombre irónicamente impuesto por la suma esterilidad. Todas las historias y relaciones modernas publican lo contrario, y si no es la esterilidad de minas, que aun el dia de hoy no está suficientemente probada, no hallamos otra que en el espíritu de los primeros descubridores pueda haber dado lugar á la pretendida antifrasis.

Como el amor de las conquistas y el deseo de los descubrimientos era, digámoslo así, el carácter de aquel siglo, muchos tentaron sucesivamente la conquista de unas tierras que pudieran hacer su nombre tan recomendable á la posteridad, como el de Colon ó Magallanes. En efecto, Lucas Vazquez de Ayllon, oidor de Santo Domingo por los años de 1520, y Pánfilo de Narvaez, émulo desgraciado de la fortuna de Cortés por los de 1528, emprendieron sujetar á los dominios de España aquellas gentes bárbaras. Los primeros, contentos con haberse llevado algunos indios á trabajar en las minas de la isla española, desampararon luego un terreno que verosímilmente no prometia encerrar mucho oro y mucha plata. De los segundos no fué mas feliz el éxito; pues ó consumidos de enfermedades en un terreno cenagoso y un clima no experimentado, ó perseguidos dia y noche de los transitadores del pais, acabaron tristemente, fuera de cuatro, cuya aventura tendrá mas oportuno lugar en otra parte de esta historia. Mas venturoso que los pasados, *Hernando de Soto*, despues de haber dado muestras nada equívocas de su valor y conducta en la conquista del Perú, pretendió y consiguió se le encomendase una nueva espedicion tan importante. Equipó una armada con novecientos hombres de tropa, y trescientos y cincuenta caballos, con los cuales dió fondo en la bahía del Espíritu Santo el dia 31 de mayo de 1539. Carlos V, mas deseoso de dar nuevos adoradores á Jesucristo, que nuevos vasallos á su corona, envió luego varios religiosos á la Florida á promulgar el evan-

gelio; pero todos ellos fueron muy en breve otras tantas víctimas de su celo, y del furor de los bárbaros. Subió algunos años después al trono de España Felipe II, heredero no menos de la corona que de la piedad, y el celo de su augusto padre. Entre tanto los franceses, conducidos por Juan Ribaud, por los años de 1562 entraron á la Florida, fueron bien recibidos de los bárbaros, y edificaron un fuerte á quien del nombre de Carlos IX, entónces reinante, llamaron Charlefort. Para desalojarlos fué enviado del rey católico el adelantado D. Pedro Melendez de Aviles, que desembarcando á la costa oriental de la península el dia 28 de agosto dió nombre al puerto de S. Agustin, capital de la Florida española. Reconquistó á Charlefort, y dejó alguna guarnicion en Santa Helena y Tecuesta, dos poblaciones considerables de que algunos lo hacen fundador.

Pide el rey católico á San Francisco de Borja algunos misioneros.

Dió cuenta á la corte de tan bellos principios, y Felipe II, como para mostrar al cielo su agradecimiento, determinó enviar nuevos misioneros que trabajasen en la conversion de aquellas gentes. Habíase algunos años ántes confirmado la Compañía de Jesus, y actualmente la gobernaba S. Francisco de Borja, aquel gran valido de Carlos V y espejo clarísimo de la nobleza española. Esta relacion fuera de otras muchas razones, movió al piadoso rey para escribir al general de la Compañía, una espresiva carta con fecha de 3 de mayo de 1566, en que entre otras cosas, le decia estas palabras: *„Por la buena relacion que tenemos de las personas de la Compañía, y del mucho fruto que han hecho y hacen en estos reinos, he deseado que se dé orden, como algunos de ella se envíen á las nuestras Indias del mar Occéano. Y porque cada dia en ellas crece mas la necesidad de personas semejantes, y nuestro Señor seria muy servido de que los dichos padres vayan á aquellas partes por la cristiandad y bondad que tienen, y por ser gente á propósito para la conversion de aquellos naturales, y por la devocion que tengo á la dicha Compañía, desco que vayan á aquellas tierras algunos de ella. Por tanto, yo vos ruego y encargo que nombreis y mandeis ir á las nuestras Indias, veinticuatro personas de la Compañía adonde les fuere señalado por los del nuestro consejo, que sean personas doctas, de buena vida y ejemplo, y cuales juzgáredes convenir para semejante empresa. Que demas del servicio que en ello á nuestro Señor hareis, yo recibiré gran contentamiento, y les mandaré proveer de todo lo necesario para el viage, y demas de eso aquella tierra donde fueren, recibirá gran contentamiento y beneficio con su llegada.”*

Recibida esta carta que tanto lisongeaba el gusto del santo general, aunque entre los domésticos no faltaron hombres de autoridad, que juzgaron debia dejarse esta espedicion para tiempo en que estuviera mas abastecida de sugetos la Compañía; sin embargo, se condescendió con la súplica del piadosísimo rey, señalándose, ya que no los veinticuatro, algunos á lo ménos, en quienes la virtud y el fervor supliese el número. Era la causa muy piadosa y muy de la gloria del Señor, *para que le faltasen contradicciones.* En efecto, algunos miembros del real consejo de las Indias se opusieron fuertemente á la mision de los jesuitas por razones que no son propias de este lugar. El rey pareció rendirse á las representaciones de su consejo; pero como prevalecia en su ánimo el celo de la fé, á todas las razones de estado, ó por mejor decir, como *era del agrado del Señor, que tiene en su mano los corazones de los reyes,* poca causa bastó para inclinarlo á poner resueltamente en ejecucion sus primeros designios. Llegó á la corte al mismo tiempo el adelantado D. Pedro Melendez, hombre de sólida piedad, muy afecto á la Compañía y á la persona del santo Borja, con quien, siendo en España vicario general, habia hablado muchas veces en este asunto. Su presencia, sus informes y sus instancias disiparon muy en breve aquella negra nube de especiosos pretextos, y se dió orden para que en primera ocasion pasasen á la Florida los padres. De los señalados por S. Francisco de Borja, escogió el consejo tres, y no sin piadosa envidia de los demas: cayó la eleccion sobre los padres *Pedro Martinez y Juan Rogel, y el hermano Francisco de Villareal.*

Señálase é impídese el viage.

Insta D. Pedro Melendez y lo consigue.

Causó esto un inmenso júbilo en el corazon del adelantado; pero tuvo la mortificacion de no poderlos llevar consigo á causa de no se qué detencion. El 28 de junio de 1566 salió del puerto de S. Lúcar para Nueva-España una flota, y en ella á bordo de una urca flamenca nuestros tres misioneros. Navegaron todos en convoy hasta la entrada del Seno mexicano, donde siguiendo los demas su viage, la urca mudó de rumbo en busca del puerto de la Habana. Aquí se detuvieron algunos dias mientras se hallaba algun práctico que dirigiese la navegacion á S. Agustin de la Florida. No hallándose, tomaron los flamencos por escrito la derrota, y se hicieron animosamente á la vela. O fué mala inteligencia, ó que estuviese errada en efecto en la carta náutica que seguian la situacion de los lugares, cerca de un mes anduvieron vagando, hasta que á los 24 de setiembre, como á 10 leguas de la costa, dieron vista á la tierra entre los 25 y 26 grados al West

Embárcanse tres misioneros.

Arriban á una costa incógnita

de la Florida. Ignorantes de la costa, pareció al capitán enviar algunos en la lancha, que reconociesen la tierra y se informasen de la distancia en que se hallaban del puerto de S. Agustín, ó del fuerte de Cárlos. Era demasíadamente arriesgada la comision, y los señalados, que eran nueve flamencos, y uno ó dos españoles, no se atrevieron á aceptarla sin llevar en su compañía al padre Pedro Martínez; oyó éste la propuesta, y llevado de su caridad, la aceptó con tanto ardor, que saltó el primero en la lancha, animando á los demas con su ejemplo y con la extraordinaria alegría de su semblante. Apenas llegó el esquife á la playa, cuando una violenta tempestad turbó el mar. Disparáronse de la barca algunas piezas para llamarlo á bordo; pero la distancia, los continuos truenos y relampagos, y el bramido de las olas, no dejaron percibir los tiros, ni aunque se oyesen seria posible fiarse al mar airado en un barco tan pequeño sin cierto peligro de zozobrar. Doce dias andubo el padre errante con sus compañeros por aquellas desiertas playas con no pocos trabajos, que ofrecia al Señor como primicias de su apostolado. Las pocas gentes del pais, que habian descubierto hasta entónces, no parecian ni tan incapaces de instruccion, ni tan ajenas de toda humanidad, como las pintaban en Europa. Ya con algunas luces del puerto de S. Agustín navegaban, trayendo la costa oriental de la Península ácia el Norte, cuando vieron en una isla pequeña pescando cuatro jóvenes. Eran estos *Tacaticuranos*, nacion que estaba entónces con los españoles en guerra. No juzgaba el padre, aunque ignorante de esto, deberse gastar el tiempo en nuevas averiguaciones; pero al fin hubo de condescender con los compañeros, que quisieron aun informarse mejor. Saltaron algunos de los flamencos en tierra ofrecieronles los indios una gran parte de su pesca, y entretanto uno de ellos, corrió á dar aviso á las cabañas mas cercanas. Muy en breve vieron venir ácia la playa mas de cuarenta de los bárbaros. La multitud, la fiereza de su talle, y el aire mismo de sus semblantes, causó vehemente sospecha en un mancebo español que acompañaba al padre, y vuelto á él y á sus otros compañeros, huyamos, les dijo, cuanto ántes de la costa: no vienen en amistad estas gentes. Juzgó el padre movido de piedad, que se avisase del peligro, y se esperase á los flamencos que quedaban en la playa espuestos á una cierta y desastrosa muerte. Miéntas estos tomaban la lancha, ya doce de los mas robustos indios habian entrado en ella de tropel, el resto acordonaba la ribera. Parecian estar entretenidos mirando con una pueril y grose-

ra curiosidad el barco y cuanto en él habia, cuando repentinamente algunos de ellos abrazando por la espalda al padre Pedro Martínez y á dos de los flamencos, se arrojaron con ellos al mar. Siguiéronlos al instante los demas con grandes alaridos, y á vista de los europeos, que no podian socorrerlos desde la lancha, lo sacaron á la orilla. Hincó como pudo las rodillas entre las garras de aquellos sañudos leones el humilde padre, y levantadas al cielo las manos, con sereno y apacible rostro, espiró como sus dos compañeros á los golpes de las macanas.

Muerte del padre Pedro Martínez.

Este fin tuvo el fervoroso padre Pedro Martínez. Habia nacido en Celda, pequeño lugar de Aragon, en 15 de octubre de 1523. Acabados los estudios de latinidad y filosofia, se entregó con otros jóvenes al manejo de la espada, en que llegó á ser como el árbitro de los duelos ó desafios, vicio muy comun entónces en España. Con este género de vida no podia ser muy afecto á los jesuitas, á quien era tan semejante en las costumbres. Miraba con horror á la Compañía, y le desagradaban aun sus mas indiferentes usos. Con tales disposiciones como estas, acompañó un dia á ciertos jóvenes pretendientes de nuestra religion. La urbanidad le obligó á entrar con ellos en el colegio de Valencia y esperarlos allí. Notó desde luego en los padres un trato cuán amable y dulce, tan modesto y religiosamente grave. La viveza de su génio no le permitió examinar mas despacio aquella repentina mudanza de su corazon. Siguió el primer ímpetu, y se presentó luego al padre Gerónimo Nadal, que actualmente visitaba aquella provincia en cualidad de pretendiente. Pareció necesario al superior darle tiempo en que conociera lo que pretendia, mandándole volver á los ocho dias. Esta prudente dilacion era muy contraria á su carácter, y en vez de fomentar la llama, la apagó enteramente. Avergonzado de haberse dejado arrastrar tan ciegamente del engañoso exterior como juzgaba de los jesuitas, salió de allí determinado á no volver jamas, ni á la pretension, ni al colegio.

Su elogio.

Justamente para el octavo dia hubieron de convidarlo por padrino de un desafio. Acudió prontamente á la hora y al lugar citado; pero á los combatientes se les habia pasado ya la cólera, y ninguno de los dos se dió por obligado al duelo. Quedó sumamente mortificado y corrido de ver el poco aprecio que hacian de su palabra y de su honor aquellos sus amigos. ¿Y qué, se decia luego interiormente, tanto me duele que estos hayan faltado á su palabra? ¿y habré yo de faltar á la

Vieron los jesuitas á la Habana.

mia? Y qué se diría de mí entre los jesuitas, si como prometí, no
 vuelvo al día citado? Con estos pensamientos partió derechamente al
 colegio, y á lo que parece no sin especial direccion del cielo, fué ad-
 mitido por el padre visitador, excluidos todos aquellos pretendientes,
 en cuya compañía habia venido ocho dias ántes. Una mudanza tan
 no esperada abrió los ojos á algunos de sus compañeros. El entretan-
 to se entregó á los ejercicios de la religiosa perfeccion con todo aquel
 ardor y empeño con que se habia dejado deslumbrar del falso honor.
 Acabados sus estudios fué ministro del colegio de Valencia, despues de
 Gandia; ocupaciones entre las cuales supo hallar tiempo para predicar
 en Valencia y en Valladolid, y aun hacer fervorosas misiones en los
 pueblos vecinos. A fuerza de su cristiana elocuencia, se vió conver-
 tido en teatro de penitencia y de compuncion, el que estaba destinado
 para juegos de toros, y otros profanos espectáculos en la villa de Oliva.
 Pasaba al Africa el año de 1558 un ejército bajo la conducta de D.
 Martin de Córdoba, conde de Alcáudete. Este general, aunque inte-
 riormente muy desafecto á la Compañía de Jesus, pretendió de S. Fran-
 cisco de Borja, vicario general entónces en España, llevar consigo al-
 gunos de los padres, queriendo con esto complacer á aquel santo hom-
 bre, á quien por el afecto y veneracion que le profesaba el rey católi-
 co, le convenia tener propicio. Señaláronse los padres Pedro Marti-
 nez y Pedro Domenek, con el hermano Juan Gutierrez. Partieron lue-
 go á Cartagena de Levante, lugar citado para el embarque. Pasaron
 prontamente á ofrecer al conde sus respetos y sus servicios. Este sin
 verlos les mandó por un page, que estuviesen á las órdenes del coro-
 nel. Una conducta tan irregular les hizo conocer claramente quan-
 to tendrían que ofrecer al Señor en aquella expedicion. Interin se jun-
 taban las tropas, hicieron los padres mision con mucho fruto de las al-
 mas en el reino de Murcia. Llegado el tiempo de la navegacion, los
 destinaron á un barco, á cuyo bordo iban fuera de la tripulacion ocho-
 cientos hombres de tropa. La incomodidad del buque estrecho para
 tanto número de gentes, la escasez de los alimentos, la corrupcion del
 agua, la misma cualidad de los compañeros, gente por lo comun inso-
 lente y soez, fueron para nuestros misioneros una cosecha abundante
 de heróicos sufrimientos, y de apostólicos trabajos. Desembarcaron
 en Orán, y luego recibieron orden del general de quedarse en el hos-
 pital de aquel presidio con el cuidado de los soldados enfermos, que
 pasaban de quinientos. Pasó el ejército á poner el sitio á Moztagan,

ciudad del reino de Argel. La plaza era fuerte, y que podia ser muy
 fácilmente socorrida por tierra y mar, los sitiadores pocos y fatigados
 de la navegacion. Los argelinos despreciando el número los dejaron
 cansarse algunos dias en las operaciones del sitio. Sobrevinieron des-
 pués en tanto número, que fué imposible resistirles. Una gran parte
 quedó prisionera y cautiva. Los mas vendieron caras sus vidas y
 quedaron como el general y los mejores oficiales sobre el campo. Los
 padres alabando la Providencia, cuasi fueron los únicos que volvieron
 á España de doce mil hombres de que se componia el ejército.
 Vuelto de Africa el padre Pedro Martinez, fué señalado á la casa
 Profesa de Toledo, de donde salió á predicar la cuaresma en Escalo-
 na y luego en Cuenca, dejando en todas partes en la reforma de las
 costumbres ilustres señas de su infatigable celo. Para descanso de
 estas apostólicas fatigas, pidió ser enviado á servir en el colegio de
 Alcalá, donde por tres meses, con ejemplo de humildad profundísima, lo
 disponía el Señor para la preciosa muerte que arriba referimos. La
 caridad parece haber sido su principal carácter. Ella le hizo dejar tan
 gustosamente las comodidades de la Europa, por los desiertos de la
 Florida. Ella le obligó á acompañar en la lancha con tan evidente
 riesgo á los exploradores de una costa bárbara. Ella, finalmente, no le
 permitió alejarse, como le aconsejaban, de la ribera, dejando á los com-
 pañeros en el peligro. Fué su muerte, segun nuestra cuenta, (que es
 la de los padres Sachino y Tanner) á los 6 de octubre de 1566. Al-
 gunas relaciones manuscritas ponen su muerte el mismo dia 24 de se-
 tiembre, que saltó en tierra. El padre Florencia el dia 28 del mismo
 en la historia y ménologio de la provincia. El punto no es de los subs-
 tanciales de la historia. A los lectores queda el juicio franco, y en
 cuanto no se opone razon convincente, hemos creído prudencia ajus-
 tarnos á la crónica general de la Compañía.
 Mientras que los bárbaros Tacatucuranos daban cruel muerte al pa-
 dre Pedro Martinez, el navio, obedeciendo á los vientos, se habia ale-
 jado de la costa. Pretendia el capitán volver á recojer la lancha y pa-
 sageros; pero los flamencos con instancias, y aun con amenazas, le
 hicieron volver al sur la proa y seguir el rumbo de la Habana. Ha-
 llamos en un antiguo manuscrito que ántes de arribar á este puerto,
 fué llevado de la tempestad el barco á las costas de la isla española:
 se dice á punto fijo el lugar de la isla á que arribaron: conviene á sa-
 ber el puerto y fortaleza de Monte Christi en la costa septentrional de

Descripción
de este puerto
(la Habana)

Vuelven los
jesuitas á la
Habana.

la misma isla, que usando de la facultad de un breve apostólico, publicaron allí un jubileo plenísimo; y finalmente, se nota justamente la salida á los 25 de noviembre, día de Santa Catarina Mártir, en compañía de *D. Pedro Melendez Marquez*, sobrino del adelantado. Está muy circunstanciada esta noticia para que quiera negársele todo crédito. Por otra parte, es muy notable suceso para que ni la relacion del padre Juan Rogel que iba en el barco, ni algun otro haya hecho mencion de él, fuera del que llevo dicho, de donde parece lo tomó el padre Florencia. Sea de esto lo que fuere, es constante que despues de tres meses, ó cerca de ellos, volvieron los padres al puerto de la Habana el día 15 de diciembre del mismo año de 66, no el de 67 como á lo que parece por yerro de imprenta se nota en la citada historia de Florencia.

Descripcion
de este puerto
(la Habana.)

La ciudad de S. Cristobal de la Habana, capital en lo militar y político de la isla de Cuba, está situada á los 296 grados de longitud, y 23 y 10 minutos de latitud septentrional, y por consiguiente cuasi perpendicularmente bajo del trópico del Carnero. Tiene por el Norte la península de la Florida; al Sur, el mar que la divide de las costas de Tierra Firme; al Este la isla española, de quien la parte un pequeño estrecho; al Oeste el golfo mexicano y puerto de Veracruz. Su puerto es el mas cómodo, es el mas seguro y el mas bien defendido de la America, capaz de muchas embarcaciones, y de ponerlas todas á cubierto de la furia de los vientos. Dos castillos defienden la angosta entrada del puerto, cuya boca mira cuasi derechamente al Noroeste; otra fortaleza en el seno mismo de la ciudad guarda lo interior de la bahía y el abordaje del muelle, donde reside el gobernador y capitán general de toda la isla. Está toda guarnecida de una muralla suficientemente espesa y alta, flanqueada de varios reductos y bastiones, coronados en los lugares importantes de buena artillería de varios calibres. El clima, aunque cálido, es sano, el terreno entrecortado de pequeñas lomas, cuya perenne amenidad y verdor, hace un pais bello á la vista. La ciudad es grande, y comparativamente á su terreno la mas populosa de la América. La frecuencia de los barcos de Europa, la seguridad del puerto, que cuanto se permite atrae muchos extranjeros, la escala que hacen los navíos de Nueva-España que vuelven á la Europa, la comodidad de su astillero, preferible á todos los del mundo por la nobleza y la solidez de sus maderas, y la abundancia y generosidad del tabaco y caña; la hacen una de las mas ricas

y mas pulidas poblaciones del nuevo mundo. Estas bellas cualidades han dado celos á las naciones extranjeras. Por los años de 1538, mal fortificada aun, la saquearon los franceses. En la guerra pasada de 1740 el almirante Wernon, que tuvo valor de acercársele, aunque sin batirla formalmente, tuvo muy mal despacho del Morro, y fué á desfogar su cólera sobre Cartagena, cuyo éxito no hace mucho honor á la corona de Inglaterra. Finalmente, en estos dias la conquista de esta importante plaza, ha llenado de gloria á la nacion británica, é inmortalizado la memoria del conde de Albermarle, que despues de dos meses y pocos dias mas de sitio, y de una vigorosa resistencia que el Morro comandado por *D. Luis Vicente de Velasco* le hizo por cincuenta y seis dias; tomó, capitulando la ciudad bajo de honrosas condiciones, posesion de ella en nombre del rey de la Gran Bretaña á los 14 de agosto de 1762. Pocos meses despues, hechas las paces, volvió á la corona de España, en que actualmente repara sus fuerzas, y espera con nuevas fortificaciones hacerse cada dia mas respetable á los enemigos de la corona.

No hemos creído agena de nuestro asunto esta pequeña digresion en memoria de una ciudad donde tuvo nuestra provincia su primera residencia, que tanto hizo por no dejar salir de su pais á los primeros misioneros, y que habiendo dado despues un insigne colegio, á ninguna cede en el aprecio y estimación de la Compañía, como lo dará á conocer la serie de esta historia. En la Habana dividido entre dos sujetos un inmenso trabajo, el padre Juan Rogel predicaba algunos dias, y todos sin interrupcion los daba al confesonario. El hermano Francisco Villareal, que aunque coadjutor tenia suficientes luces de filosofía y teología, que habia cursado ántes de entrar en la religion, hacia cada dia fervorosas exhortaciones, y esplicaba al pueblo la doctrina cristiana. Despues de algunos dias de este ejercicio publicaron el jubileo. Fué extraordinaria la conmocion de toda la ciudad, dándose prisa todos por ser los primeros en lograr el riquísimo tesoro de la iglesia santa, que francamente se les abria. Quien viere lo que en una de estas ocasiones suelen trabajar nuestros operarios, aun cuando son muchos, y por mas ordinaria no tan general la conmocion, se podrá hacer cargo del trabajo de dos hombres solos, en medio de un gentío numeroso, y en aquellos piadosos movimientos que suele causar la voz de la verdad anunciada con fervor, y sostenida de un modo de vivir austero, y verdaderamente apostólico.

Ejercicio en
la Habana.

Vuelven á la Habana.

Tal era la vida de los dos jesuitas en la Habana, cuando llegó á ella el adelantado *D. Pedro Melendez de Aviles*, que era tambien gobernador de aquella plaza. Informado de la venida de los misioneros, y de la muerte del padre Pedro Martinez por los marineros, que de entre las manos de los bárbaros habian huido en la lancha; partió luego de S. Agustin para conducirlos con seguridad á la Florida. Los dos compañeros, como no puede la robustez del cuerpo corresponder al fuego y actividad del espíritu, se habian pocos dias ántes rendido al peso de sus gloriosas fatigas. Enfermaron los dos de algun cuidado. La continua asistencia y cuidado de lo mas florido de la ciudad, y especialmente de *D. Pedro Melendez Marquez*, mostró bien cuanto se interesaban en la vida y salud de uno y otro. Habíanse un poco restablecido, y luego trataron de pasar á su primer destino. Ellos habian hallado en los pechos de aquellos ciudadanos unos corazones muy dóciles á sus piadosos consejos. La semilla evangélica poco ántes sembrada, comenzaba á aparecer, y se lisongeaban, no sin razon, con la dulce esperanza de ver florecer y fructificar cada dia mas aquella viña en cristianas y heroicas virtudes. Los habitadores del pais pretendieron por mil caminos impedir la partida. Ofreciéronles casa, obligándose á mantenerlos con sus limosnas, mientras se les proporcionaba un establecimiento cómodo. Un espíritu débil habria encontrado motivos de evidente utilidad para preferir prudentemente un provecho cierto, á una suerte tan dudosa. Nuestros padres no creyeron suficientes estas solidísimas razones para dispensarse, ó para interpretar la voz del superior. Por otra parte, en los aplausos, en la estimacion, en la abundancia de aquel pais, no hallaban aquella porcion prometida á los partidarios del Redentor, que es alguna parte de su cruz, en abstinencia, en tribulacion y abatimiento. Ya que no habian podido conseguir los ciudadanos de la Habana que se quedasen en su ciudad los padres, mostraron su agradecimiento proveyéndoles abundantemente de todo lo necesario, y con la promesa de que creciendo en sujetos la vice-provincia que se intentaba fundar, serian atendidos los primeros: los dejaron salir, acompañándolos no sin dolor hasta las playas. La navegacion fué muy feliz en compañía del adelantado. En la Florida, donde llegaron á principios del año de 1567, con parecer del gobernador *D. Pedro Melendez*, se repartieron en diversos lugares. Me parece necesario ántes de pasar mas adelante, dar aquí alguna noticia breve de la situacion de estas regiones, pa-

Situacion antigua del pais.

ra la clara inteligencia de lo que despues habremos de decir. Bajo el nombre de Florida se comprendia antiguamente mucho mas terreno que en estos últimos tiempos. Esto dió motivo á *Monsieur Moreri* para calumniar á los españoles de que daban á la Florida mucha mayor estension de la que tenia en realidad. Pero á la verdad, por decir esto de paso, ni Janson, ni With, ni Arnaldo, Colon, Bleate, ni Gerard, ni Ortelio, ni Franjois, ni Echard, son españoles; y sin embargo, todos estos comprenden bajo el nombre de Florida á la Louisiana, y una gran parte de la Carolina, y aun los dos últimos la estienden desde el rio Pánuco hasta el de S. Mateo, que quiere decir toda la longitud del golfo mexicano, y desde el cabo de la Florida, que está en 25 grados de latitud boreal, hasta los 38. Generalmente hoy en dia por este nombre no entendemos, sino la Florida española, ó una Península desde la embocadura del rio de S. Mateo en la costa oriental, hasta el presidio de Panzacola ó rio de la Movice, por otro nombre de los Alibamovs en la costa septentrional del Seno mexicano. En esta estension de pais, ó poco mas, tenian los españoles cuátró principales presidios. Dos en la costa oriental: conviene á saber, Santa Elena y S. Agustin. En la costa occidental el de Cárlos, y veinte leguas mas adelante al Noroeste, la ciudad de Teguxta, llamada vulgarmente *Tegesta*, con el nombre de la provincia en nuestras cartas geográficas. La de Santa Elena, era antigua poblacion de que desposeyó á los franceses *D. Pedro Melendez de Aviles*. La de S. Agustin la habia fundado él mismo, y se aumentó considerablemente despues que por fuerza de un tratado hecho con la Francia, pareció necesario despoblar á Santa Elena. Sobre la provincia y fuerte de Cárlos, debemos advertir que ha habido en la Florida cuatro presidios ó poblaciones del mismo nombre. El primero que arriba hemos citado, se llamó Charlefort, y lo fundó Juan Ribaut con este nombre, en honor de su rey Cárlos IX. Dos años despues Renato Laudonier, fundó otro presidio con nombre de Carolino. El primero estuvo situado junto á la embocadura del rio Maio, que suele notarse en los antiguos mapas como el limite de la division, entre franceses y españoles. El segundo estuvo adelante del presidio de Santa Elena, junto al rio que hoy se llama Coletoni, y un poco mas al Sur, de donde hoy está Charles-town. Estos dos fuertes estuvieron en la costa oriental. La provincia de Cárlos que dió su nombre al fuerte de los españoles, se llamó así en honra del cacique que la gobernaba y que habia muerto pocos años ántes del arribo de

TOMO I.

4
 Universidad de Nuevo León
 BIBLIOTECA
 VALVERDE Y TELLEZ